



caiga sobre los miserables que así deshonran el país!

Al oír aquellas palabras, el ladrón levantó bruscamente la cabeza; su apagada mirada se enardecía.

—Señor,—dijo echando atrás su sombrero con un gesto lleno de insolencia—: no es usted el que puede predicar aquí. Demasiado lo sabe usted.

—Tengo el gusto de hacerte sentenciar, pícaro, tunante, y haré uso de él.

—Y le haré a usted callar—repuso el ladrón. ¿Ven ustedes a este hombre, señores gendarmes? A ese debían ustedes prender y no a mí. El es la causa de mi desgracia.

—Calla, estúpido miserable—repuso Santiago Thahec exasperado.

No callaré. Yo era un hombre honrado mientras creí en Dios, y me había resignado a vivir bien o mal con el producto de mi trabajo. Pero usted me quitó esas ideas con sus palabras, su ejemplo y sus escritos.

Iba los domingos a oír a otros charlatanes que, como Ninos, persuadían que los sacerdotes eran enemigos del pueblo, que no había Dios, o que si existía, no se ocupaba de nosotros; que lo de la otra vida no era más que una tontería.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu robo, canalla?

—¿Qué tiene que ver?—replicó irónicamente. ¿Y es usted, hombre educado e instruido, el que lo pregunta a un ignorante como yo? Señor, si no hay Dios, si no somos más que materia; no quiero comer toda mi vida malas patatas, ¿lo entiende usted? ¡Quiero goces como usted! ¡No me acomodo a vivir siempre trabajando! ¡Deseo descansar, darme buena vida, comer bien, beber mejor, alegrarme, divertirme como usted y los suyos lo quieren, quiero ser feliz!

La voz del ladrón había tomado terribles entonaciones.

Santiago Thahec, aterrado, calló. ¿Qué pueden responder, a su vez, todos los que con sus ejemplos, sus escritos, o su influencia, arrancan del corazón del pueblo la creencia en Dios y la esperanza de otra vida mejor?

\*\*\*\*

Nada pueden responder estos que son legión, como no sea el declararse los verdaderos culpables y los más dignos de castigo. Ministros y diputados prostituyen sus cargos con palabras y obras de desbarajuste y destrucción. Catedráticos y maestros se atreven a enseñar contra la verdadera sabiduría que acerca a Dios. Autores y periodistas escriben sin reparo ninguno contra todo lo que significa orden social, moral católica, y cuando efecto de tales ejemplos y tales enseñanzas se les pone enfrente algún discípulo aprovechado propinándole *lección elocuentísima*, contra él proceden si la fuerza les ayuda. Horrible inconsecuencia que Dios castiga del modo terrible que estamos viendo.

«Hemos visto, dicen estos que saben aprovechar las enseñanzas que se les dan, que aquel que traicionó a su Patria y blasfemó de la Religión se le hizo sitio en el Parlamento con los legisladores; hemos visto, muy extrañados, que quien mandó incendiar y saquear y violar y profanar, llevando el fuego y la destrucción a ciudades españolas y santas moradas, hoy se codea con lo más granado de la política y de la caballería, porque tuvo cinismo y desvergüenza para robar y encumbrarse...»

«Hemos aprendido en cátedras, en teatros, en cines, en periódicos, que el catolicismo es una antigualla, Dios una mentira,

la virtud un imposible, que hay que quemar conventos y gozar las pasiones, y todas estas enseñanzas, el Estado, lejos de oponerse, las consentía y ayudaba y fomentaba, valiéndose de ellas a la vez para sus manejos también inmorales, y nos dijimos: El mundo es del más desaprensivo, del más audaz, del más granuja, pues bien, a subir y gozar por cualquier medio y a cualquier costa y muera el que nos lo impida. ¿No existe Dios? Tonto es entonces quien aquí se deje pisar y sufra, ¡arriba, a los puestos más ricos y cómodos! Si morimos en la demanda, dejamos de padecer, pero si tenemos la suerte de otros, entonces es la nuestra!... Para algo han de servir la libertad de pensamiento, de palabra y de obra, que precocizan nuestros sabios.»

Quien puede prohibir el mal y no lo prohíbe, proclamando que es lícita toda propaganda, quien debe enseñar el bien y enseña el mal, vea los terribles efectos de su pecado, del que necesariamente ha de ser una de las víctimas.

## Al pie del cadalso

De un periódico colombiano, la «Aurora» de Quibua, tomamos el siguiente relato:

«En una ciudad importante, cuyo nombre se omite, por causa muy conocida, fué condenado a la última pena el hijo mayor de una noble y opulenta familia.

«Hallándose ya el desventurado joven en capilla, pidió confesarse, y lo verificó, lleno de arrepentimiento y dolor, con un respetable Padre de la Compañía de Jesús.

«Terminada la confesión, le suplicó el reo hiciera venir a su padre a la cárcel para que le perdonase y le trajera al propio tiempo la bendición de su madre.

«Hízolo el sacerdote, costándole no poco trabajo que el padre de aquel infeliz accediera a los deseos de su hijo, pero al fin fué a la cárcel.

«Apenas le vió aquel joven, se echó a los pies del padre y le pidió le perdonase y que lo hiciese así mismo en nombre de su madre.

«Conmovido profundamente el padre, concedió ambos perdones al hijo, abrazándole con ternura; entonces levantándose éste, dijo:

«—Ahora, padre, le perdono yo el mal que usted me ha hecho.

«—¿Qué mal te he hecho, hijo mío?

«—¿Se acuerda usted, padre, de aquel día en que al salir de la iglesia me arrancó usted del cuello la medalla, diciéndome: «Deja esas cosas, que son beaterías de tu madre»?

«¿No recuerda usted—añadió— cuando por primera vez me insolenté con los criados, que me dijo: «Haces bien, tú eres el amo y puedes tratarlos como quieras»?

«¿Acaso se ha olvidado usted que por las primeras malas notas que traje del colegio, fuí reprendido por mi madre, y usted le dijo: «Déjale, es rico, y no necesita trabajar»?

«¿Se acuerda de aquel día que por vez primera le quité a usted un franco para jugar, lo supo mi madre, me encerró por castigo y usted me sacó, y poniéndome en la mano una moneda de oro me dijo: «Toma, hijo mío, que el dinero es para gastar»?

«¿Se acuerda usted que cuando mi madre me llamaba a rezar, usted salía de la casa con una sonrisa burlona, ni jamás lo vi a usted rezar, ir a Misa, y menos a confesarse?

«Pues cuando perdí la fé, aborrecí el trabajo; de resulta me faltó el dinero, y jugué para adquirirlo: perdí, y robé para jugar; y luego asesiné, y mañana subo al patíbulo manchando la nobleza de nuestro apellido con indeleble borrón... Dios le perdone, ¡oh, padre, como yo le perdono.»

«Al oír tan terrible relato, cayó el padre al suelo, desmayado de dolor, exclamando: —«¡Qué horror! ¡Ser yo mismo el asesino moral de mi hijo!»

Padres de familia que negais la enseñanza cristiana a vuestros hijos, autoridades que queréis desterrar la enseñanza de la religión en las escuelas, meditaad estos resultados.

## Cristo es Dios

### I

Negar que Cristo es Dios raya en demencia; si es un hombre no más ¿cómo la ciencia no explica ese fenómeno admirable que se observa en el mundo, *la existencia del prodigio de amor más inefable?*

Sabios, abrid la Historia; contemplad a los genios de la guerra, César, Anibal, Alejandro y Cyro que tremolaron su pendón de gloria por todos los confines de la tierra.

El épico esplendor de esos guerreros de tal manera el entusiasmo inflama, que el soldado, al vibrar de sus aceros, la sangre ante ellos con placer derrama.

Pero se abre la tumba y el abismo se traga sus conquistas y victorias; desde entonces ¿quién lleva su heroísmo hasta morir por ellos? ¿quién avanza en las lides, izando sus banderas? ¿quién a morir se lanza en aras de unas *glorias pasajeras?*

Hundiéronse en las tumbas del olvido; si hoy se alza alguna voz, es solamente para execrar su imperio reteñido con la sangre inocente del pueblo que a sus pies cayó vencido.

### II

Contemplad a Jesús... En el transcurso de su tragedia impía solo y triste se ve; fiero el concurso que con grito infernal su sangre ansía, le insulta y le abandona al inmenso dolor de su agonía.

Pero se abre su tumba y se abre el cielo; «Cristo resucitó» lanzó su vuelo, y son tantos sus triunfos y sus glorias, que le siguen innumerables legiones, locas de amor y encanto pregonando en el mundo sus victorias y aclamando a Jesús mil veces Santo.

Y unos al árbol de su Cruz se amparan y otros le riegan con humilde llanto y de su inmenso amor en el delirio muchos por El la sangre de sus venas derraman en los campos del martirio

Y ¿es un hombre no más? ¡absurdo, falso! ¿cómo puede lanzarnos a ese abismo de muerte y deshonor el fanatismo que inspira un reo en su fatal cadalso?

¿Cómo es posible en su dolor profundo que logre un reo enamorar al mundo y desde el uno al otro continente, abarcando los tiempos y lugares que traiga a su patíbulo a millares toda clase de gente?

No resuelve la ciencia este problema de morir por un pobre delincuente; caso igual en el mundo no hay tampoco. No cabe otro dilema:

¡o Cristo es Dios o el mundo se hizo loco!

PEDRO GOBERNADO.

## Una palabra al oído

Siempre que Domingo Savio oía blasfemar el Santo nombre de Dios, se estremecía de horror y procuraba reparar el ultraje. Un día, pasando por la calle, oyó a un hombre proferir un horrible juramento. Domingo se estremeció, bendijo al Señor en su corazón y luego, llevado de santo celo, dirigióse hacia el atrevido blasfemo. Muy comedido y respetuoso le preguntó si sabría indicarle dónde estaba el Oratorio Salesiano. El hombre, ante el semblante angelical del niño, desarrugó el entrecejo y le contestó procurando dulcificar su áspera voz:—Buen niño, siento mucho no saberlo.

—Bien; ya que no sabe esto ¿podría hacerme otro favor?

—¿Cómo no? ¡De mil amores!

Domingo púsose de puntillas, acercósele cuanto pudo al oído y muy bajito, para que nadie le oyese, le dijo:—Le agradeceré mucho, mucho, si en sus enojos se abstiene de injuriar el Santo nombre de Dios.

—¡Bravo!—le dijo el hombre enternecido—: tienes razón: es un maldito vicio que quiero y debo vencer a toda costa.

Y aquel hombre, desde entonces, dejó ese lenguaje del infierno.

## HERMOSA LECCIÓN DE PEPITO

Era Pepito un chico muy aficionado a las cosas de Iglesia; mas su padre, hombre incrédulo, no pensaba del mismo modo. —Eso de oír misa y confesar—decía el mencionado padre—es propio de mujeres y niñas.

Pepito, reflexionando un momento, contestó:—El tercer mandamiento de la Ley de Dios ordena santificar las fiestas; el cuarto, honrar padre y madre: son dos preceptos divinos; luego si el primero no me obliga, tampoco el segundo; saque usted ahora las consecuencias.

El padre la sacó muy en su provecho, pues desde aquel día cambió de pensar en cuanto a la educación de su hijo.

¡Ojalá que muchos padres de la misma calaña hiciesen otro tanto! No arrastrarían sus hijos un grillete!

## Es preciso educar

La instrucción no moraliza. Se tiene la idea por personas *ilustradas*, de que la ignorancia es la causa, no sólo de retrogradación en las costumbres, sino también la causa eficiente de la criminalidad.

Nada más falso.

Si las costumbres están pervertidas y retrogradadas, es debido a la enseñanza laica. Sobre esto se puede escribir largo y bien tendido.

Razonando lógicamente, tendríamos estas conclusiones: los pueblos más ignorantes, caseríos y aldeas, darían más criminales proporcionalmente que las ciudades que cuentan con numerosas escuelas; y que, la mujer, menos instruida que el hombre, cometería más crímenes, lo que, a todas luces, es falso.

En las ciudades diariamente se registran crímenes en los Juzgados; mientras que en las poblaciones son raros; y rarísimos, en las aldeas y caseríos, a no ser que algún *civilizado* los cometa. La mujer, según estadísticas recientes, comete *tres veces menos delitos* que el hombre, y *nueve veces menos crímenes*.

En un cuarto de siglo, de cinco millones de delitos, cuatro millones quinientos mil

han sido cometidos por hombres.

En cuanto a los crímenes cometidos por los hombres, resulta un promedio del 86 por 100, y por la mujer el 14 por 100. De 7,057 suicidios, 5.960 pertenecieron al sexo masculino y 1.097 al sexo femenino.

Luego, pues, es enteramente falso que la ignorancia aumente la criminalidad.

## El hombre honrado y el Santo

El hombre honrado es el resultado de la naturaleza, el santo de la gracia.

La honradez es asunto de razón, la santidad lo es de fé. El que dice: soy un hombre honrado, apenas causa admiración a nadie; al que dijera: soy santo, le tendrían por loco.

El hombre honrado llama debilidades a cosas que el santo tiene por vicios.

La santidad es el aroma que impide que la honradez se corrompa.

Los santos jamás son egoístas, aunque puede suceder que no sean bastante amables; las gentes honradas son todo lo contrario.

El hombre honrado es benévolo, el santo es indulgente. Si hubiese cometido un crimen reo de pena de muerte, preferiría ser juzgado por un tribunal de santos, a serlo por uno de gentes honradas.

Muchos creen que con la honradez hay bastante para vivir; ¿hay alguien que se atreva a firmar que es suficiente para afrontar la muerte?

Un hombre honrado puede ser un buen compañero, pero para consolar en la desgracia no hay como el santo.

El hombre honrado, rígido cuando se trata de probidad, es flojo en cuanto a las costumbres; el santo cree que ambas cosas son capitales.

Cierta especie de orgullo que deja de sentar mal al hombre honrado, desfigura completamente el santo.

No tengo nada que reprocharme, dice el hombre honrado. Feliz usted, responde el santo; no podría yo decir lo mismo de mí.

Un hombre honrado puede ser ignorante y necio, el santo podrá ser ignorante, pero jamás necio.

La recompensa de los hombres honrados es la gloria mundana; la de los santos, la gloria del Cielo.

La honradez brilla durante la vida; la santidad resplandece aún después de la muerte.

Se dice: Los restos de un hombre honrado; las reliquias de un santo.

El mundo puede producir hombres honrados, aunque no tantos como generalmente se piensa; sólo la religión puede producir santos, y los hay más de los que vulgarmente se cree.

## CHARLA

—Vaya con las señoras estas, que no cesan de molestar a uno...

—¿Qué te duele, hombre, qué te duele?

—Tres nada menos solicitaron el entrevistarse conmigo para espetarme, después de una entrada la mar de melosa, no sé cuántas cosas de caridad, de interés por el bien social, por la protección a la infancia necesitada de Catecismo, por el saneamiento moral del barrio A. y B. y C... ¡qué sé yo!... Epílogo del asunto: unas pesetas que me llevaron y hasta otra.

—Y tú, contrariado de ver que no venían a proponerte altísimos y lucrativos negocios del tanto por ciento, te enfadarías con ellas... las tratarías mal a esas

atrevidas y egoístas, que andan pasando sofocones y sufriendo insultos quizá, por hacer el bien al prójimo.

—No, mal no las traté; pero es fuerte cosa que estos católicos o católicas cuando visitan a uno no es más que para dar *sablazos*.

—En provecho propio, como ciertos amigos tuyos, ¿verdad?

—Ya se que no piden para ellos, que piden para hacer beneficios al prójimo, pero si quieren hacerlos que los hagan de su cuenta y riesgo y no molesten, que a eso no hay derecho. Uno no lo gana para...

—Para guardarlo, ya lo se, sino para distribuirlo luego en cosas útiles y provechosas. ¡Y qué más útil y provechoso que proporcionar pan y catecismo a quienes de pan y catecismo carecen? Si a eso precisamente estamos obligados, los que tenemos con los que no lo tienen o lo tienen escaso. Además, ¿crees tú, esposo mío, que esas señoras que acuden a los corazones bondadosos no dan también? Sólo que son tantas y de tal variedad las necesidades que hay que cubrir que todo es poco, porque son más los que piden que los que dan. Sí, esposo, sí; hay mucho egoísmo hoy, más que catolicismo, y a estos egoísmos hay que recordarles el precepto divino, hay que espabilarles para que despierten al deber, de lo contrario mal para todos.

—Pues yo les dí lo mío.

—¿Cuánto?

—Veinticinco pesetas.

—¡Jesús!... ¡La ruina para esta casa. Un fabricante como tú, que se ha embolsado hace poco unos diez mil duros, y que acaba de ceder cinco mil pesetas para el hermooseamiento de cierta plaza, se descuelga con veinticinco... mil pesetas, digo no, con veinticinco pesetas solas para esa obra tan necesaria de las Escuelas del Ave-María en el barrio de tu fábrica, que bien sabes lo abandonado que está en cuestión moral. En verdad que eres espléndido.

—Si los católicos siempre están pidiendo.

—Fíjate para qué piden y verás que sus peticiones son siempre muy dignas de atención. Yo desearía que estudiases siquiera con la mitad de la atención que pones en tus asuntos comerciales, esas instituciones, esos asilos, esos hospitales, esas escuelas, esos centros, que el catolicismo sostiene con la caridad de los buenos y ya me dirías si el que pide para tan magnas obras no es digno de verse siempre favorecido, nunca rechazado ni siquiera recibido con la mala voluntad que tú, sin duda, habrás manifestado alguna vez.

—Bueno; en resumidas cuentas, que lo que gano ha de ser para ellos.

—Nadie te pide tanto, pero tampoco debes escatimarlos como lo escatimas. Demos gracias a Dios que nos lo da abundante, y eso ya sabes a lo que obliga.

—¿A qué?

—A ser generoso en algo con El que lo es de tal modo para nosotros. El rico es un administrador de Dios, no un acaparador ambicioso en provecho propio.

—Tu bien sabes que cuando la ocasión llega no soy tacaño. Acuérdate de aquella vez que fuimos a las Hermanitas de los Pobres y al contemplar el inmenso bien de aquella Institución, con tantos pobrecitos viejos desamparados y lo escaso de los recursos para sostenerlos, dí tres mil pesetas.

—Ya ves como si nos parásemos a investigar los incontables méritos de las obras católicas nunca diríamos ¡basta! Por esto, los que bien las conocen, no sólo

